

PÉREZ RUIZ, MAYA LORENA (COORD.),
*TEJIENDO HISTORIAS. TIERRA, GÉNERO Y PODER
EN CHIAPAS, MÉXICO*, INAH, ANTROPOLOGÍA,
2004

Verónica Ruiz Lagier

CIESAS

Tejiendo historias. Tierra, género y poder en Chiapas es un libro que analiza los procesos de cambio político y cultural en diferentes regiones de Chiapas, bajo la mirada particular de un grupo de mujeres con diferentes experiencias en la región. A pesar del acercamiento o incluso participación, que han tenido las autoras en los procesos analizados, es notorio el esfuerzo que realizan por fomentar una conciencia crítica desde el trabajo académico y/o desde el interior de los propios movimientos sociales, con el ánimo de determinar cuáles aspectos generan o frenan el desarrollo y la autodeterminación de los grupos estudiados.

La obra está dividida en dos partes independientes pero en estrecha relación, para facilitar que el lector analice los procesos de transformación geopolítica y social, expuestos en los 12 diferentes artículos y sus casi 400 páginas.

Los cinco artículos que conforman la primera parte, titulada Lucha por la tierra, autonomía y zapatismo, permiten una visión completa de las décadas recientes de lucha por la tierra en Chiapas. Después la atención se concentra en las implicaciones de estos procesos en la vida cotidiana de aquellos grupos políticos que, antes y después de 1994, se encontraban trabajando por los derechos vitales para sus comunidades, como el derecho a la tierra, la educación y la salud.

El conjunto de estos trabajos revela cómo la experiencia de organización y lucha por la tierra en comunidades campesinas o indígenas, derivaron en organizaciones sociales con la suficiente fuerza como para reconfigurar redes de poder en Chiapas, transformando con ello el espacio agrario décadas previas al levantamiento zapatista. Los artículos “Cercos antizapatistas y lucha por la tierra en Chiapas”, de Maya Lorena Pérez Ruiz, y “Reconfiguración del espacio agrario en Chiapas: las consecuencias del levantamiento zapatista”, de María Eugenia Reyes Ramos, ofrecen la mirada histórica de este proceso mediante la recopilación documental, hemerográfica y el análisis de archivos

diversos, que dan cuenta de cómo se construyeron alianzas y rupturas entre organizaciones que buscaban entre otras cosas, la obtención de tierras.

En su artículo, Pérez Ruiz proporciona un análisis detallado de los objetivos y carácter de las diferentes organizaciones campesinas e indígenas. Asimismo, Reyes Ramos muestra con datos muy precisos, las consecuencias de tales movilizaciones frente a la invasión y compra de tierras.

También preocupada por el impacto del levantamiento zapatista en la lucha por la tierra en Chiapas, Pérez Ruiz explica cómo la alianza entre zapatistas, campesinos e indígenas de regiones externas a la zona zapatista no siempre fue formal y hubieron matices en el compromiso de tales organizaciones frente al movimiento zapatista. Para su análisis se apoya en el marco metodológico de Melucci para caracterizar los movimientos sociales y diferenciar el carácter de las organizaciones participantes con el fin de explicar la dirección que adoptaron durante los momentos más delicados del diálogo y confrontación con los gobiernos federal y chiapaneco. De esta forma, pone atención en un tema poco estudiado hasta ahora respecto al movimiento campesino e indígena: el *cercos múltiples u organizativo* que construyó el gobierno federal en torno al EZLN y con el cual, según la autora, se propuso limitar los alcances de las demandas agrarias y sociales de las diferentes organizaciones aglutinadas en el Consejo Estatal de Organizaciones Indígenas y Campesinas de Chiapas (CEOIC). Mediante dicho cerco —que incluyó, a decir de la autora, la cooptación de líderes por la vía de elección popular u ofrecimiento de puestos públicos, otorgamiento de recursos millonarios para propiciar corrupción entre líderes, así como acelerada cooptación del descontento social por parte del gobierno— se consiguió aislar al EZLN y desarticular la movilización estatal que daba fuerza y representatividad al movimiento zapatista. Por ello, Maya Lorena considera al sistema de acción de estas organizaciones una “construcción social” que se consigue mediante complejos procesos de interacción y negociación en los cuales se enfrentan inevitablemente liderazgos e intereses que reconfiguran identidades, además de formas y niveles de participación.

La autora revela, además, cómo los líderes asumieron de forma simultánea varios frentes de lucha, lo cual complicó el proceso de negociación entre las organizaciones, y entre éstas y el gobierno de Chiapas, precisamente por el tipo de demandas y objetivos tan diversos en los organismos indígenas y campesinos. Este análisis no resta ni cuestiona los logros del movimiento indígena y campesino de Chiapas, y en cambio, muestra las dificultades de sus alianzas, así como su preocupación por crear mayores canales de discusión académica para analizar la relevancia en cuanto a la trayectoria de lucha de las organizaciones y sus identidades, con el fin de entender sus decisiones y el cambio de su discurso político en momentos de crisis frente al Estado.

En este punto, el trabajo de Pérez Ruiz se relaciona directamente con el de Reyes Ramos, el cual nos muestra la huella “espacial” y territorial que ha dejado el proceso de organización y lucha campesina. También introduce a los trabajos de Araceli Burguete, Gemma van der Haar y Shannon Speed, quienes muestran la importancia de analizar la experiencia política comunitaria y la actitud que adoptan sus pobladores frente a movimientos como el zapatista que condujeron a la construcción de municipios autónomos. Lo anterior debido a que estas autoras también observan cómo la toma de tierras, impulsada por el EZLN, entre otras cosas acentuó viejos problemas entre los habitantes debido a sus diversas posiciones políticas, generándose incluso enfrentamientos intercomunitarios.

Por su parte, Reyes Ramos, estudia los acuerdos agrarios adoptados entre el gobierno estatal y las organizaciones campesinas entre 1990 y 1999, es decir las políticas públicas derivadas de la invasiones de tierra, que incluyeron la compra de predios invadidos a propietarios y la creación de fideicomisos para adquirir las tierras en posesión de organizaciones y grupos campesinos. La autora plantea que si bien “la sacudida del movimiento zapatista” fue un motor para el avance y agilización de la acción agraria institucional, en las regiones con experiencia organizativa anterior al conflicto se consiguió que el gobierno otorgara resoluciones favorables a los campesinos por el contexto de guerra existente.

Reyes Ramos explica las acciones agrarias más importantes que el gobierno chiapaneco echó a andar, como la ampliación de ejidos, dotación, reconocimiento de bienes comunales y la creación de nuevos centros de población ejidal; acciones que “reflejan la preocupación gubernamental por ‘apagar’ rápidamente los posibles focos agrarios de propagación del conflicto armado”. Se trata de acciones que se concentraron en municipios donde se encontraban bases de apoyo zapatista con reclamos históricos de regularización de tierras o en municipios de la región norte donde se encuentran bastiones de la CIOAC, pero también en aquellos municipios con una tradición de lucha agraria desde los años treinta y cuarenta.

Así, la autora identifica cuáles son esas organizaciones que capitalizaron el conflicto armado y exigieron la negociación agraria con el gobierno federal. Con ello, Reyes Ramos muestra cómo el impacto regional de la política agraria no tiene relación directa con la conflictividad agraria de las regiones, sino con la presencia regional de las organizaciones negociadoras de la demanda de tierra.

Shannon Speed, autora del artículo “Lucha por la tierra, globalización e identidad: la etnohistoria y etnopresente de Nicolás Ruiz”, explica cómo esa comunidad dejó de presentarse y luchar como campesina y asumió un carácter indígena para conseguir sus demandas por la vía de los derechos propios de tal identidad. Nos describe este proceso de cambio identitario basado en la autoidentificación más que en otros elementos de clasificación como la descen-

dencia o la lengua. Lo explica a partir de la relación dialógica entre actores locales y discursos globales, poniendo especial atención en la interacción de la población de Nicolás Ruiz con los regímenes municipales y estatales, así como con organizaciones relacionadas con el zapatismo y los derechos humanos e indígenas.

De forma similar a como lo hacen Pérez Ruiz y Reyes Ramos, Speed demuestra la importancia de la lucha agraria en las decisiones políticas y sociales que actualmente adopta la población. Para ella, la relación que ha construido la comunidad con el Estado se explica a partir de las décadas, y hasta siglos, durante las cuales sus pobladores han tenido que luchar para conseguir la restitución de las tierras de las que han sido despojados desde la época colonial.

La reconstrucción histórica del proceso, realizada por esta autora, permite ver que en el siglo xx el movimiento revolucionario promovió la desaparición de la identidad indígena y su sustitución por la identidad campesina, por lo cual hasta antes de 1994 la comunidad luchó como campesina y priísta. No fue sino hasta después del levantamiento zapatista que los pobladores de Nicolás Ruiz buscaron luchar por la tierra bajo otras alternativas diferentes al PRI, desafiando al Estado en su alianza con los zapatistas.

Para Speed, la identidad indígena es entonces un capital cultural que ahora permite a esta población sacar ventaja en sus negociaciones con el gobierno, puesto que fue éste quien cerró las puertas para hacerlo por medio de la reforma agraria. Sin embargo, para la autora en este cambio identitario no se trata sólo de adoptar discursos e identidades estratégicas o ilegítimas, sino de un proceso de reinterpretación de su historia particular en constante reconstrucción. De ahí que su análisis sea útil para discutir tanto los criterios que definen los límites de la autodefinition como los designados por el Estado para definir al "indígena".

Relacionado también con el tema de la identificación, Gemma van der Haar presenta el trabajo "Autonomía a ras de tierra: algunas implicaciones y dilemas de la autonomía zapatista en la práctica", en el cual analiza cómo es que se definen los municipios autónomos. Encuentra que lo hacen mediante la afiliación de sus miembros y no a partir de un territorio geográficamente excluyente, puesto que en esas microregiones conviven comunidades, o parte de ellas, que se adscriben ya sea al municipio oficial o al autónomo. En este artículo también se evidencia la importancia que tuvo para los miembros de los municipios autónomos, la experiencia adquirida en la lucha por la adquisición de servicios de educación y salud, así como en la lucha agraria que derivó en la toma de tierras como única forma para obtenerlas.

El trabajo de Van der Haar, por lo demás, permite conocer las dificultades que surgen en los proyectos autonómicos debido a las diferentes formas en que los miembros de esos nuevos municipios han ejercido el poder en sus comunidades de origen. Se trata de un tema relacionado tanto con el acceso a la tierra como

con los recursos comunitarios. Así, dirige la atención a un tema delicado pero indispensable en la discusión académica sobre derechos indígenas: la orientación colectivista del proyecto zapatista, que ha sido la causa de muchas diferencias entre los pobladores originales y quienes han llegado a poblar como parte del reparto agrario hecho por el EZLN. Según la autora, esta práctica colectiva promovida por los zapatistas dista mucho de la organización acostumbrada en la región Tojolabal, por lo que algunos colectivos creados bajo la Ley Agraria Revolucionaria funcionan a la par de la producción privada y no en lugar de ella.

Del mismo modo, Van der Haar observa otras tensiones importantes dentro de los municipios autonómicos, esta vez relacionadas con el tiempo que sus miembros deben dedicar al trabajo en diferentes comisiones y la prohibición de que su población sea beneficiaria de bienes, servicios y ofertas sociales que otorga el gobierno federal. En este último caso muestra cómo la población simpatizante del EZLN no siempre está convencida de rechazar las ofertas gubernamentales, a pesar de que se presentan como una estrategia para debilitar el zapatismo. En su análisis se observa que el proyecto autonómico es una reacción a 30 años de actuación gubernamental limitada y clientelar, así como un producto de la intervención de las organizaciones no gubernamentales que llenaron el espacio producido por la ausencia del Estado, en la que retomaron las funciones públicas clave.

Este tema es enriquecido con el trabajo de Araceli Burguete, quien se remonta a las experiencias históricas de organización social alrededor de la lucha por los servicios básicos de educación y salud, las cuales, asegura, han sido el germen de las autonomías zapatistas. De esta forma, coincide con Pérez Ruiz y Van der Haar cuando señala que las experiencias autónomas se encuentran articuladas a organizaciones con tradición de lucha agraria, y al igual que Reyes Ramos, pone atención en la transformación del espacio agrario como parte de la “territorialización del poder” zapatista.

Para Burguete la autonomía zapatista ha sido dinámica y ha dejado de ser territorial para ser “institucional o funcional”. En ello coincide con Van der Haar, pues advierte también la creación de instituciones rebeldes que desplazan al Estado y permiten que la población acceda a ciertos servicios y derechos. De este modo, a decir de la autora, la autonomía institucional se genera en un espacio o territorio “imaginado”, es funcional y se reproduce a partir de la identificación y uso que sus miembros hacen de este territorio.

En la segunda parte del libro, dedicada a la Recomposición de relaciones de poder y actores sociales, Anna María Garza Caligari y Sonia Toledo presentan su artículo “Mujeres, agrarismo y militancia. Chiapas en la década de los ochenta” que, de alguna forma, da continuidad a lo expuesto en la primera parte del libro, pues se expone cómo las fronteras que separan los movimientos sociales son móviles, de ahí que las demandas y organizaciones indígenas mismas tengan

mucho de campesinas. En ese contexto, las autoras muestran cómo el movimiento agrario abrió los espacios para la participación de las mujeres en su calidad de campesinas, aunque en un principio no permitió el cuestionamiento político de las desigualdades de género.

En su trabajo, estas autoras hacen una revisión de la historia organizativa de las mujeres chiapanecas y encuentran que han existido contradicciones de clase, étnicas y de religión, mismas que han ido moldeando las relaciones entre quienes han participado. Consideran que a partir de la incorporación de la mujer en el movimiento agrario comenzó a generarse una participación política más “consciente” por parte de ellas y se crearon las condiciones para construir otras identidades, como la de género. Con esto, se deja de lado el papel femenino en los movimientos sociales sólo como “muro de contención” en los enfrentamientos entre organizaciones campesinas y fuerzas policiacas locales.

Las autoras reflexionan, en su reconstrucción del proceso, cómo llegaron las organizaciones de cobertura nacional y los distintos actores sociales, además de la forma en que sus discursos fueron reinterpretados por las mismas mujeres chiapanecas participantes. En este sentido, analizan el proceso con una mirada nueva, pues no estudian a los miembros del movimiento campesino e indígena como objetos pasivos de los intereses externos; en cambio, prefieren hacerlo desde el análisis de la representaciones sociales. Es decir, analizan la manera en que los diversos actores que intervinieron en el proceso se comunicaron y reinterpretaron los diferentes discursos a partir de sus propios intereses, lógicas y percepciones.

Garza y Toledo observan también que las acciones del movimiento agrario y sus impactos no fueron los mismos en todas las regiones, de modo que donde prevalecía la propiedad privada posteriormente se conformó como espacio rural dominado por la propiedad social. De ahí que sea posible y necesario estudiar el movimiento agrario a partir de los cambios en los espacios sociales, ubicación de los sujetos en éstos, así como sus formas de vida y representación.

El artículo de Aída Hernández y Violeta Zylbergberg, titulado “Alzando la vista: los impactos del zapatismo en la organización y vida cotidiana de las mujeres indígenas”, bien puede ser un acercamiento o *close up* del proceso en el cual las mujeres luchan por adquirir mayor participación y derechos dentro de sus comunidades. Lo hacen desde dos niveles de análisis: midiendo el impacto del EZLN en el movimiento nacional de mujeres indígenas y adentrándose en el nivel local y cotidiano, a partir de la experiencia de una comunidad a la que llaman San Francisco. Este trabajo no reproduce ni representaciones idílicas ni satanizaciones del movimiento zapatista pues, como las autoras advierten, tal actitud no da cuenta de la complejidad de los procesos sociales. En cambio, sugieren mantener una mirada crítica a las condiciones en las cuales se desarrollan cotidianamente

las mujeres zapatistas, ya que es en esta cotidianidad donde se elabora la práctica de resistencia y transformación a partir de su percepción del mundo.

En este artículo, las autoras realizan una reconstrucción de las experiencias organizativas locales con el propósito de entender la respuesta de las mujeres indígenas ante el zapatismo y observan que, a diferencia del movimiento feminista nacional, las indígenas han mantenido una doble militancia, vinculando la lucha de género a la de la autonomía de sus pueblos. Así, pese a las resistencias en ambos movimientos, han logrado incorporar la diversidad cultural a sus reflexiones respecto a la desigualdad de género, y del género en el análisis de la desigualdad étnica.

No obstante lo anterior, el análisis de una experiencia particular permite que las autoras también adviertan las dificultades. Así señalan cómo, a pesar del surgimiento de diversos espacios de reflexión donde las mujeres zapatistas escuchan la experiencia de otras mujeres a nivel nacional, su cotidianidad es difícil para llevar a la práctica el discurso político.

En dicho contexto el discurso zapatista es reapropiado, resignificado y reelaborado hacia el interior de cada comunidad de manera diferente. Y aunque las autoras no pretenden generalizar a partir de un caso específico, el estudio que realizan en esta comunidad permite observar lo difícil que resulta para las mujeres zapatistas cruzar las fronteras de su “unidad doméstica” pues, como se señala en el texto, la opresión es estructural e histórica, por lo que no basta crear leyes para dejar de reproducir ciertos comportamientos, como sucede con la diferenciación de roles y tareas domésticas según el género, estas mujeres se han enfrentado; ejemplo de ello son las mujeres que se han enfrentado a la prohibición para entrar a espacios “masculinos” como la asamblea comunitaria. No obstante, y como un logro, Hernández y Zylbergberg observan el rompimiento del marco de referencia común a partir del cual, antes de 1994, se daban las relaciones sociales entre hombres y mujeres de la comunidad. En dicho rompimiento se están “desnaturalizando” las desigualdades que antes eran vistas como parte de la vida, lo cual es el primero de varios pasos para modificar las desigualdades de género.

Los trabajos presentados en esta segunda parte de *Tejiendo historias...*, hablan de cómo la resistencia al cambio se expresa en los distintos ámbitos de la vida social mediante diferentes formas de presión como es por ejemplo, la propagación del rumor o el “chisme”, que afecta a todas aquellas y aquellos que se atrevan a transgredir las normas “tradicionales”, aun cuando su comportamiento obedezca a las nuevas reglamentaciones zapatistas. Y es justo en ese campo de lo simbólico que Gracia María Imbertón realiza su estudio sobre el pecado de la palabra, cuyos resultados presenta en el artículo “La enfermedad como lenguaje de poder: el *mulile t’yan* entre los choles de Tila”. En éste se analiza la enfermedad no sólo como manifestación de la opresión social, sino también como un “mecanismo de competencia entre agentes desigualmente ubicados en el espacio social”, con

lo cual la enfermedad es producida y empleada como un recurso para incidir en las tensiones sociales cuando una persona se encuentra en desventaja. De este modo se atribuyen padecimientos físicos a las tensiones sociales, muchas veces resultado de nuevas formas de organización e intercambio tradicionales.

Desde la esfera religiosa, Gabriela Robledo presenta “Religión y migración, ámbitos de recomposición de la etnicidad entre los pueblos indígenas de Chiapas”. En este trabajo estudia los procesos de transformación social a partir de los flujos migratorios causados por el enfrentamiento religioso y que han reconfigurado el espacio geográfico y social formando, como ella señala, dos tipos de asentamientos: 1) los nuevos enclaves indígenas en las ciudades más cercanas de la zona de los Altos de Chiapas y el municipio fronterizo de Las Margaritas (San Cristóbal de las Casas y Comitán, respectivamente); y 2) la formación de asentamientos rurales, como los municipios de Teopisca y Ocozocuatla, en la zona conocida como Depresión Central.

En su trabajo, Robledo demuestra que las nuevas configuraciones, producidas por el escenario de movilidad social hacen que el territorio étnico deje de ser geográfico y adquiera nuevas dimensiones económicas, sociales y culturales, que identifican a los diversos pueblos. En los nuevos asentamientos territoriales, así como en las nuevas configuraciones étnicas que se forman, tienen un papel fundamental las congregaciones religiosas, pero también las nuevas actividades económicas en las cuales se involucra la población. Por tanto, hay algunas poblaciones que se integran mediante el comercio informal; y otras, con la formación de poderosas organizaciones de transporte que han abierto nuevos espacios para la población indígena.

Robledo muestra, además, cómo la migración urbana evangélica ha contribuido a modificar, además de las económicas, las relaciones de género. Con el caso de Betania, ejemplifica la forma en que varía el comportamiento de las mujeres católicas y las no católicas, y lo diferente de sus respuestas ante las condiciones de maltrato físico, alcoholismo, abandono, etcétera. En ese sentido, señala el hecho de que dichos cambios en el comportamiento generacional y de género está convirtiéndose en un obstáculo para que las mujeres evangélicas encuentren pareja, pues sus expectativas se escapan del modelo tradicional. Asimismo, la autora señala cómo otras religiones no sólo están ganando terreno al catolicismo, sino que están brindando nuevas redes de apoyo para vivir en el espacio migrado sin que sus miembros renuncien a su etnicidad.

Relacionado con la problemática del artículo anterior Sophie Hvostoff, en su artículo “Indios y coletos: por una relectura de las relaciones interétnicas en San Cristóbal de las Casas, Chiapas”, analiza las relaciones entre indios y coletos en la ciudad de San Cristóbal e invita a discutir la veracidad de tales identidades vistas y aceptadas desde la antropología como en permanente oposición.

Al igual que Gabriela Robledo, coincide en estudiar la “rearticulación de la identidad indígena” con sus nuevas referencias, pues no son sólo comunitarias, sino también económicas y políticas, aunque continúan siendo corporativas. Por ello, esta autora prefiere estudiar las estratificaciones internas dentro de estas nuevas comunidades indígenas ubicadas a la periferia de San Cristóbal, así como sus formas de integración a dicha ciudad, en vez de homogeneizar la identidad de dicha población indígena para contraponerla a la identidad coleta.

Según esta autora, la pluralidad indígena de las nuevas colonias urbanas rebasa el nivel comunitario. Esto se ejemplifica en el ejercicio del voto, que es variado y movable ante las necesidades y demandas del momento, además de incorporar y usar estratégicamente la oferta electoral. Encuentra, además, diferentes espacios de interacción entre el indígena y el ladino, tanto en lo político como en lo religioso: la vieja oposición mecánica entre indio y coleta se desmorona ante las evidencias que unen a tales sectores en los compadrazgos, e incluso en el uso de “brujería” por parte de los ladinos. Tales vínculos e intercambios, aclara la autora, no significan que tengan los mismos referentes conceptuales, pero sí que se “atravesan las fronteras étnicas y crean puentes entre ambos mundos”.

Inés Castro Apreza, en su artículo “San Pedro Chenalhó: la cúspide de la violencia en tiempos de guerra”, presenta los resultados de una investigación —por demás necesaria— en la cual reconstruye la matanza de Acteal sobre la base de las declaraciones ministeriales de los agresores y con un arduo trabajo de campo en la zona. A partir de lo anterior, sostiene que la agresión fue posible porque existía un proceso de violencia previo en donde la participación y complicidad de autoridades e instituciones gubernamentales fueron un elemento constante. Su estudio, cabe decir, no es sólo la recreación de los hechos, sino una explicación sociológica sobre los mismos. Para ello cuestiona los conceptos centrales que en diversos medios se han utilizado para explicar este acontecimiento y, más que ofrecer claridad, lo vacían de significado. Al realizar un rastreo histórico de los acontecimientos sociales y políticos que han marcado a la región, intenta dejar de lado las pasiones políticas para realizar un análisis objetivo que permita en un futuro deseable idear estrategias de reconciliación comunitaria y municipal.

La autora parte de considerar al conflicto un producto de relaciones de poder, mismas que deben ser identificadas para evitar más violencia. Asimismo, niega las explicaciones aventuradas dadas por el gobierno federal que sostienen que se trató de un conflicto religioso; para esto último, muestra que tanto en las víctimas como en los victimarios estaban presentes las mismas religiones. Así, Castro advierte certeramente que las diferencias políticas no son una explicación por sí misma de lo sucedido en Acteal y que las diferencias intra e intercomunitarias no hubieran tenido una salida violenta si no hubieran existido los actores con los implementos necesarios y la permicidad para ejercerla y consumarla. Con ello evidencia el pro-

ceso en el cual las percepciones sociales —entre actores encontrados— encuentran causas prácticas para consumir, por medio de la violencia, sus diferencias.

Mercedes Olivera es quien cierra el libro con su artículo “Sobre las profundidades del mandar obedeciendo”. En éste, al igual que Aída Hernández y Violeta Zylbergberg, la autora observa el peso que tiene la “guerra de baja intensidad” como un obstáculo para el éxito de los procesos internos que buscan desarrollar las personas y grupos que integran el movimiento zapatista. En su análisis, Olivera hace uso de herramientas teóricas indispensables para entender las múltiples formas culturales que contribuyen para que exista una resistencia al cambio —aun dentro del movimiento zapatista— dando paso a la imposición y reproducción de formas tradicionales de pensar y actuar que contradicen el discurso zapatista.

Olivera estudia las resistencias al modelo zapatista apoyándose en la teoría del campo cultural de Bourdieu, que permite entender los valores, actitudes y posiciones sociales concebidos como “naturales” —llamados prescripciones trascendentes— y que en los casos concretos a estudiar se manifiestan como parte esencial de la representación simbólica del ser indígena. Lo anterior, ya sea como subordinación al poder y discriminación interiorizada, o reproducción de autoritarismo y exclusión, que contradice el “mandar obedeciendo”.

La autora considera estos problemas estructurales como el principal obstáculo para construir un proyecto social diferente, los encuentra en los casos específicos analizados desde su larga experiencia de trabajo con mujeres en la zona, que ilustran tales contradicciones. Uno de los casos estudiados es la contrainsurgencia chol del norte de Chiapas porque ejemplifica el sistema de valoración social que legitima las desigualdades y se opone a nuevos sistemas de pensamiento y conducta. Otros ejemplos, sin embargo, los plantea desde el interior mismo del movimiento zapatista; en ellos expone, por ejemplo, la desigualdad entre hombres y mujeres. Más que denuncia, su análisis es una reflexión con el ánimo de hacer notar que “cambiar la dirección de los procesos sociales, mediante un proyecto político alternativo, no es fácil ni lineal ni rápido” puesto que los sistemas de poder que se buscan cambiar se reproducen aun entre quienes buscan la liberación, en particular al estar inmerso en una guerra contrainsurgente.

Sin duda, una de las aportaciones principales de estos trabajos es que tratan con profundidad el estudio de casos específicos en los que se observan las dificultades cotidianas de los diversos actores para cambiar su mundo e incluso para construir la autonomía. Muchos de estos procesos han sido presenciados por las autoras, lo cual, por una parte, les permite obtener información de primera mano, y por otra, reflexionar críticamente sobre su experiencia. De ahí la importancia del trabajo que ahora, como lectores, tenemos la oportunidad de compartir para el enriquecimiento de las ciencias sociales.

Revista *Cuicuilco*, núm. 40, 2007. Editada en el Departamento de Publicaciones de la ENAH. Impresa en los talleres de EMAHAIA S. A. DE C. V., en tipo Palatino de 10 puntos. El tiraje consta de 1000 ejemplares.